descorrió la cortina, encontróle dormido aún, con la medalla de la Inmaculada en la mano, dos grandes lágrimas en los ojos y una leve sonrisa en los labios.....

VII.

Gabriel no salió del Hospital hasta despues de puesto el sol, porque sentía esa imperiosa necesidad de ocultarse, que obliga al culpable á esconderse en las tinieblas, temeroso de que le adivinen sus remordimientos.

Con rápido paso alejóse del Hospital en que había comenzado á expiar su culpa, para dirigirse al Colegio, donde esperaba borrarla. Mas á medida que adelantaba, hacíanse sus pasos, sin saber por qué, màs tardos, defallecian sus alientos, y mil dudas y mil temores invadian su ánimo, produciéndole cierta inquietud, cierta aridez amarga que secaba sus

buenos propósitos, como la arena del desierto la sávia de una planta.....Qué artero es el espíritu de tinieblas, y con cuánta traidora astucia suele tender à la inconstancia y debilidad humana, la más pérfida de sus redes; la demora de un buen propósito, el *más tarde será*, el *mañana lo haré*, que va siempre á despeñarse en el abismo sin fondo del *nunca!*...

Ya no le parecia á Gabriel necesario, ni aun juzgaba siquiera prudente, confiarse sin necesidad á un Padre desconocido: ya creia fácil disculpar en su casa con cualquier pretexto aquella larga ausencia; inquirir si había llegado á oidos de su madre la aventura, y confesarse luégo, más tarde, cuando encontrase á un Sacerdote desconocido, á quien no tuviese que revelar su nombre. ¡Había tantos en Sevilla, y le seria tan fàcil encontrarlo!.....Además, pensaba Gabriel, deteniendo cada vez más el paso, es ya tarde.....El Colegio estará cerrado, y seria una imprudencia incomodar á estas horas.

Esta esperanza sedujo á Gabriel por completo, porque veia en ella una manera de conciliar el impulso interior que le arrastraba al Colegio, con la repugnancia á ir allà, que, á medida que se acercaba, sentia con más fuerza. Un carro atravesado en la calle le sirvió de pretexto para tomar por otra que alargaba el camino; dos mujeres que reñian le *obligaron* á pararse un buen rato hasta ver en lo que paraba la riña; y á pesar de todo, encontróse más pronto de lo que era su pensamiento y

tambien su deseo, á la puerta del Colegio. Hallábase ésta abierta de par en par, y un mozo de cordel, cargado de equipajes, enderezaba contra la esquina su pesada carga. Los piés de Gabriel se torcieron sin saber cómo, y en vez de entrar en el zaguan, pasó de largo: mas en el mismo momento uno de esos episodios tan comunes en las estrechas calles de Sevilla, le obligó á retroceder y á refugiarse en el portal, para no ser atropellado. Un coche desembocaba por el extremo de la calle, el burro de un aguador venia por el otro, y ambos cogieron en medio al mozo de los equipajes, formando con los transeuntes un compacto remolino, de que salian los gritos del cochero, las voces del aguador, y las imprecaciones del mozo. Gabriel acechaba impaciente la ocasión de poner el pié en la calle, cuando un anciano asomó por la puerta del Colegio, atraido por el ruido, y al ver á Gabriel exclamó alborozado:

—¡Gabrielito!.....¡Gracias á Dios que lo vemos por acá!.....Su mamá de V. le habia anunciado al P. Rector su visita, y le estábamos esperando.....Entre, éntre V., que le voy á avisar corriendo.....

—¡No, no, Hermano Bernardo!—exclamó Gabriel, turbado hasta lo sumo. Es ya tarde, y seria incomodarle.....

—¿Qué ha de ser tarde, si áun no han dado las ocho?....Estará en la Capilla con los niños, haciendo el mes de María.....Entre V., D. Gabriel, que voy á llamarlo corriendo.....

Y el buen Hermano Bernardo, que había conocido à Gabriel en el otro Colegio, y desempeñaba à la sazon en aquél el oficio de portero, le arrastró mal de su grado á la sala de visitas.

Gabriel se sentó confuso, indeciso, sin saber qué partido tomar: latíale violentamente el corazón á cualquier ruido, y aquella aridez, aquella sequedad crecia y subia en su alma, ahogando por completo sus propósitos de ántes....Ocurriósele entónces hacer al P. Rector una visita de mero cumplido, y despedirse lo más pronto que le fuera posible.

—Es lo mejor,—se dijo al fin decidido: quizà mi madre no sepa nada, y pueda quedar todo oculto ...Y en cuanto á confesarme...ya lo haré más tarde....otro día....

El P. Rector tardaba, y aquella espera se le iba haciendo á Gabriel insoportable. De repente llegaron á sus oídos los ecos de una orquesta lejana, que preludiaba el andante de un cántico á la Vírgen....Las fibras todas de Gabriel se estremecieron al oir los primeros acordes, y su alma entera pareció acudir á sus ojos, como atraida por aquellos dulces acentos La orquesta repitió los primeros compases, y la sequedad, la angustia de Gabriel retrocedió paso á paso en su alma, como se rasgan poco á poco las oscuras tinieblas de la noche, al apuntar la primera luz del alba. Varias voces de niños, puras, argentinas, unidas como diversos rayos de luz en un mismo reflejo, cantaron entónces:

Venid y vamos todos
Con flores á porfía;
Con flores á María,
Que madre nuestra es....

—¡Que madre nuestra es!—repitió Gabriel en voz baja; un sollozo repentino subió à sus labios, mientras sus manos se levantaban hasta el pecho, porque el corazón se le dilataba dentro, como si amenazara romperse. Otra vol sola, màs pura y vibrante que las anteriores, cantó entónces, con la dulzura de la piedad modulada por la inocencia:

Tu poderosa mano
Defiéndanos, Señora;
Y siempre y desde ahora
A nuestro lado estés....

Gabriel no pudo resistir más....Su angustia se deshizo en lágrimas, como de repente las tormentas se deshacen en lluvias, y cubriéndose el rostro con las manos, se dejó caer en la banqueta en que se hallaba sentado.. ¡Aquel era el cántico de las *Flores de Mayo*, que tantas veces había repetido él ante la Vírgen en sus tiempos de Colegio, en los días de su infancia, en la época de su inocencia!..... Sus labios quisieron repetir entre sollozos aquellas dulces palabras; pero temió su lengua profanarlas, y permaneció muda....Los niños repetian sin embargo, como si la inocencia invitase al arrepentimiento á unir con ella

sus voces.—*¡Venid y vamos todos....Que Madre nuestra es!.....*

—¡Qué Madre nuestra es!—repitió al fin Gabriel, derramando un raudal de lágrimas, y golpeándose el pecho con ambas manos.

—¡Qué madre tuya es!—repitió otra voz á su espalda; y ántes de que Gabriel pudiera incorporarse, el P. Velasco le echaba los brazos al cuello, diciéndole con íntimo afecto:

—¡Hijo!.....¡Hijo mio!.....

—¡Oh!.....¡no me llame V. hijo!—exclamó Gabriel, escondiendo el rostro avergonzado, en aquel pecho que tan paternalmente le oprimia.

—¡Del corazón, hijo mio!.....¡Del corazòn de mi corazón, que es Jesucristo!—replicó el P. Velasco, arrastrándole suavemente à un gabinete pròximo, y sentándose junto á él sin dejar de abrazarle.

—¡Llora, Gabriel!—le dijo entónces; llora, hijo mio, que aqui estoy yo para enjugar tus làgrimas.....

¡Gabriel lloró!.....lloró sin medida, sin tasa, como llora el arrepentimiento para lavar las culpas; como llora la contrición para purificar las almas.....¡Pero con qué consuelo tan hondo lloró sobre aquel pecho amigo! ¡Con qué dulzura tan santa corrieron junto á él sus lágrimas!.....

—¿Y qué me hago ahora, Padre?—preguntò al fin con voz ahogada, despues que hubo referido al religioso todas sus desdichas, sin

callar ningun accidente, sin omitir la menor circunstancia.

—¿Qué te haces, ahora?—replicó el P. Velasco. Lo que hizo San Pedro.....*Flevit amare;* lloró amargamente.....Tres veces negó él á Cristo por flaqueza, como tú lo has hecho; por respeto humano, como á ti te ha sucedido.....¿Y sabes el castigo que le impuso su divino Maestro?.....Pues no le dió ninguna reprensión; no le hizo ningun reproche. Por toda pena le impuso.....la gloria de confesar su amor otras tres veces.....¡Tambien lo has negado tú pecando, Gabriel!.....Confiésalo de nuevo públicamente.....Mañana termina el mes de María, y celebramos en la Capilla la comunion general de los Congregantes.....Tú me ayudaras la Misa, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello recibirás la Comunión al frente de todos....

Gabriel cruzó las manos y bajó la cabeza, como si el peso de tanta bondad le abrumase.

—¿Te parece duro el castigo, hijo mio?

—¡Oh, Padre.....Padre!—exclamó Gabriel sollozando.

—Pues bien, hijo del alma.....Ya no hay que pensar más en lo pasado, sino para sacar experiencia y aprovechar la enseñanza.....Y ahora, añadiò levantàndose, á descansar y á prepararse para la cena, que ya tienes dispues to el cuarto.

—Pero me esperaba V. acaso?—preguntó Gabriel sorprendido.

—Sí,—replicó el P. Velasco. Te esperaba

á ti, y espero tambien á otro.....De estas casas, hijo mio, salen muchos hijos pródigos.... Por eso està siempre abierta la puerta, para que no tengan que aguardar cuando llamen á ella.....Lo triste, Gabriel, lo triste, hijo mio, es.....que muchos no llaman nunca!.....

Entónces se atrevió á decir Gabriel tímidamente.

—¿Y mi madre?.....

—Tu madre,—replicó el P. Velasco, no será más severa que lo ha sido Cristo, y corre de mi cuenta arreglar con ella este negocio... ¿Cuándo le escribiste por última vez?

—El mismo día en que empezaron mis desdichas.

—Es probable que no sepa nada, y ya procuraremos que no lo sepa nunca.....Nadie te conoce: García ignora las señas de tu habitación en Sevilla, y por la cuenta que le tiene sabrá callarse....Con que á cenar, Gabriel; que voy yo à arreglar tus asuntos.

Y llamando á otro Padre para que le acompañase, el P. Velasco se puso el sombrero y el manteo, y se encaminó derecho á la casa de huéspedes. Media hora despues estaba de vuelta, y entregaba á Gabriel una carta de su madre, escrita la víspera: la buena señora escribia perfectamente tranquila, y encargaba á su hijo que hiciese una visita al P. Velasco, nombrado en aquellos mismos días Rector del Colegio.

—¡Magnífico!—exclamó éste al terminar Gabriel su lectura. Con esto y una cartita mia,

estamos ya fuera de compromiso.....Y gracias que la buena de tu patrona no ha dado con todo al traste: porque alarmada con tu desaparición, se disponia ya á dar parte á la policía, y á escribir á tu madre.....Felizmente llegué yo á tiempo, y pude sosegarla.

Gabriel estrechó la mano del Padre, y la llevò con vehemencia à sus labios. Este se puso en pié para retirarse, y dijo con cierto tono especial, tendiéndole los brazos:

—¡Conque.....*Periquillo!...Acuérdate de San Pedro!*.....

Gabriel se arrojó en ellos sollozando.

VIII.

El día siguiente se celebraba en el Colegio la fiesta del *Amor hermoso:* Gabriel confesó por la mañana con el Padre Velasco, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello comulgó ántes que todos en la Misa de los niños. Despues de comer se despidió de los Padres para volver á su casa: el P. Velasco le acompañó hasta la puerta, y como la última vez que le

despidió en el Colegio, le entregó una gran fotografía encerrada en un sobre.

Representaba á San Pedro en el átrio de Caifás, y la misma mano que escribió entónces por debajo de Pilato—*Ecce Homo*—había escrito esta vez por debajo de San Pedro.—*Flevit amare.*

Gabriel la conserva en un magnífico marco: piensa legarla á sus hijos, y segun nos ha asegurado él mismo, siempre que la mira, llora... dulcemente....

FIN.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON